

El blog de Santiago González

11
DIC
2012
08:19 h

Presentación de Roberto Velasco



Santiago González

La pluma de Santiago González mira, ríe, sufre y protesta cuando pincha la realidad.



Presentación de 'Las cloacas de la economía'

Buenas tardes. Confieso que al preparar la presentación del libro 'Las cloacas de la economía' sentía un punto de desasosiego. Los periodistas como yo somos seres muy dependientes de la palabra escrita, mientras mis compañeros de mesa, y sin embargo amigos, tienen muchas tablas en la defensa oral de sus posiciones.

Convertido en la parte central de este sandwich, creo que lo mejor que puedo hacer es tratar de parecer jamón, más que panceta, y dar cuenta de algunas reflexiones sobre un asunto escatológico que el prologuista Eguiagaray ha definido elegantemente como 'el lado oscuro', que es el lugar donde la economía incumple más flagrantemente el requisito de la transparencia del mercado y se hace imposible la competencia perfecta. O sea, la zona de sombra por antonomasia, las cloacas.

Roberto Velasco ha titulado su libro 'Las cloacas de la economía' y me parece un título doblemente acertado. No sólo por la corrupción y todas las

variantes de los tratos económicos ilícitos estudiados por el autor con paciencia y método de taxidermista, sino por la idea que Sigmund Freud cuenta en 'Psicopatología de la vida cotidiana' al establecer un paralelismo en el inconsciente entre la circulación financiera del dinero con la materia orgánica en descomposición que recorre nuestro aparato digestivo. El dinero y su expresión escatológica, los excrementos.

El asunto es tan antiguo como la Roma clásica. Tito Flavio Vespasiano, emperador de Roma en el año 69 de nuestra era, apuntaba ya unas cualidades que ha desarrollado hasta el virtuosismo el ministro de Hacienda, Cristóbal Montoro. Como él, Vespasiano no era partidario en absoluto de subir los impuestos, pero no descuidaba la oportunidad de aumentar la recaudación por todos los medios a su alcance.

Habiendo puesto una tasa por el uso de los urinarios públicos, el Senado le reprochó que llevase su voracidad recaudatoria hasta un extremo indigno: cobrar por las necesidades fisiológicas. El emperador se hizo llevar un cofre con el dinero de los tributos y llevándose un puñado de sestercios a la nariz, dijo: 'Non olet'.

Hay dos ideas en la magnífica exposición de Felipe Serrano que me han gustado mucho. La primera es la pregunta de si nosotros, todos nosotros, hemos tenido un exquisito celo y no hemos pedido o hemos aceptado una factura sin IVA de algún gremio. La segunda es la tenue barrera que separa lo legal y ético de la zona de sombra.

La conciencia humana está hecha de una materia increíblemente elástica a la hora de buscar razones morales que avalen la satisfacción de nuestras apetencias. Hay tan poca conciencia sobre ello que quien fue un muy competente secretario de Estado de Hacienda en los años 80, José Borrell, contaba estupefacto que un día que requirió los servicios de un fontanero para una emergencia, y que después de reparada la avería, el operario le preguntó: "¿con IVA o sin IVA?"

Los españoles no le damos mucha importancia al asunto y éste es probablemente el criterio más transversal de la democracia española. Ello explica que las revelaciones sobre la trama Gürtel y su relación con Valencia no apearon al PP de la mayoría absoluta en dicha Comunidad, a pesar de tener las listas cuajadas de imputados. La frontera entre lo que está bien y lo que no, es tenue, como ha dicho Felipe, pero es más nítida la que separa lo que es delito de lo que no lo es, y es preciso admitir que el Derecho es una convención.

Desde hace ya tiempo tengo para mí que la corrupción viene de traspasar los límites que separan lo público de lo privado y esto es algo que no siempre está claro entre los protagonistas de nuestra vida pública: políticos, empresarios, sindicalistas, periodistas y otras gentes de mal vivir.

La gente tiende a pensar que meter la mano en el cajón del dinero público y privatizarse unos billetes es la peor de las corrupciones, pero si el mismo gestor lo hace para financiar el partido, entonces el delito está redimido en parte por un patriotismo partidario que sus camaradas recompensarán adecuadamente. Es justamente al revés, claro. Pondré un ejemplo del primer gran caso de corrupción para financiar un partido: El caso FILESA, que afloró al filo de los años 90. Un contable chileno, Carlos Van Schouwen fue despedido y denunció que aquella empresa y otras dos, Malesa y Time Export eran tapaderas para financiar al PSOE. Fingían trabajos que no

hacían para el Banco de Vizcaya y otros clientes, y estos subvenían determinados gastos electorales del PSOE.

Aquí nos encontramos con una característica autóctona de la corrupción a la española: el circunloquio. En los países anglosajones, EEUU como ejemplo más evidente, los empresarios tienen a gala contribuir a la campaña del partido cuyo programa más les conviene. Los candidatos a la presidencia les convidan a una cena de gala en la que se hace pública su condición de mecenas, se levantan y reciben el aplauso de los congregados.

En España, no. A un banquero no le apetece que se sepa que él patrocina a un partido de izquierdas, le da yuyu. En justa correspondencia, el partido de izquierdas no quiere que se sepa que recibe dinero de semejante procedencia. Y entonces inventan la martingala.

Muy recientemente hemos conocido un caso similar. El secretario de Organización del PSC recomendó a una mujer de su partido para un cargo de asesora en el Ayuntamiento de Montull. Esto podía haberse hecho sin más. El puesto de trabajo era de libre designación. La persona que lo ocupaba había llegado al término de su contrato y pudieron contratar a la de casa sin justificación, pero eso no sería propio de nuestro estilo. Para que no hubiera nada que decir sobre el asunto, la alcaldesa sacó la plaza a concurso público y, una vez hecho, se amañó el concurso. Donde se pudo hacer el asunto de manera no ética, desde luego, pero sí legal, se organizó la comisión de un delito para evitar el qué dirán.

Entre los condenados por el caso FILESA estaba Josep M^a Sala, que fue sentenciado a dos años de prisión. Una vez cumplida su condena, en 2004 fue el candidato a la Ejecutiva del PSC que más votos de los delegados obtuvo y estos le aplaudieron durante largo rato puestos en pie. En el Congreso de 2008 volvió a pasar lo mismo, y en el de 2011 también.

La corrupción es a la democracia lo que la aluminosis a los edificios o el sarcoma a la osamenta que soporta el cuerpo humano. Un mal estructural, y no hay dosis homeopáticas de corrupción, esa funcional metáfora de la grasa que hace funcionar mejor el engranaje. Hombre, lo de la grasa no está mal traído. Después de todo se trata de untar. Lo más preocupante del caso español es que no se atisban elementos de regeneración. Los partidos políticos hacen declaraciones altisonantes sobre el asunto pero no van más allá de aprovechar *pro domo sua* la corruptela o la gran corrupción descubierta en las filas del adversario. Recuerden a estas alturas el énfasis con que el vicesecretario general del PSOE, José Blanco, hoy imputado en el caso Campeón, decía "la corrupción está en el ADN del PP".

La semana pasada fue noticia de alcance nacional la detención de Gerardo Díaz Ferrán, ex presidente de la CEOE por alzamiento de bienes, 50 millones, con el fin de evitar pagar a sus acreedores.

Los periódicos, ¿Qué papel tienen en todo esto? En la medida en que estén alineados, el mismo que los partidos de sus preferencias. Citaré dos casos. El mismo día de 2006, dos diarios españoles llevan a sus portadas dos casos de presunta corrupción. El País, la noticia de que un tío de Esperanza Aguirre había ganado dos millones de euros en una recalificación. ABC destapaba aquel día el caso Ciempozuelos: dos alcaldes del PSOE habían percibido 40 millones de euros por una gran operación de

recalificación, en esa variante del lema de Emiliano Zapata: "la tierra para el que la recalifica".

Otra. El País ha dedicado 126 portadas al asunto de los trajes de Camps. Desde febrero de 2009, fecha en la que empieza el asunto y en los seis meses siguientes, hay 36 portadas sobre los trajes y a razón de casi una por día sobre el caso Gürtel. En ese medio año sólo hay cuatro primeras en la que se hace referencia a casos de corrupción no protagonizados por el partido de la oposición. Recuerdo que la información diaria sobre el tema iba recogida bajo un cintillo que decía: "la corrupción que afecta al PP".

¿Y esto es así en toda España? Sí, en toda. Roberto Velasco se hace eco en este libro de un trabajo de los profesores Prieto, Sanzo y Suárez sobre las actitudes de los españoles hacia el fraude fiscal y dicen cosas tan extraordinarias como ésta:

"los resultados más llamativos son los correspondientes a los grupos políticos de carácter nacionalista, tanto catalán como vasco. En ambos casos, los votantes de estos grupos se muestran significativamente tolerantes con el fraude en los ingresos. Es decir, no les parece mal mentir para pagar menos impuestos. A diferencia de los catalanes, quienes votan a partidos nacionalistas vascos, también consideran legítimo engañar para obtener beneficios indebidos sobre las prestaciones." (Hacienda Pública Española. IEF. Vol 177 (2) abril)

La crisis del 92 tuvo elementos muy parecidos a ésta. Hubo grandes escándalos de corrupción. Algunos de los descritos son de aquella época y tocaba la fibra de toda la actividad económica. Recuerdo que en un almuerzo por fiestas de Bilbao en el año 93, un colega algo redicho vino a presentarnos a un directivo de Banca a la mesa en la que estábamos el inolvidable Luciano Rincón y yo. El mediador dio el nombre de su acompañante y aclaró: "se dedica a asuntos financieros". "Ah", dijo Luciano, cortésmente interesado. "¿Y en qué sumario?"

Al final está la pertinente metáfora que Roberto Velasco ha llevado a la portada de este libro. Las cloacas. Un libro académico que constituye una guía excelente de inmundicias, cuyo rigor lo hace imprescindible para cuantos quieran examinar en el futuro esta lacra de nuestro tiempo.

Robert Aldrich dirigió en 1973 'El emperador del Norte' una película ambientada en gran depresión sobre los vagabundos que viajaban clandestinamente en los trenes de mercancías. Lee Marvin, que encarnaba a uno de ellos, decía: "Hubo un tiempo en que los estercoleros de EEUU eran acogedores. Ahora, hasta la basura de este país se ha convertido en una porquería."